

EL SIGLO DE LA RAZA HACIA UNA GENEALOGÍA DESCOLONIAL DEL PENSAMIENTO ANTROPOLÓGICO CANARIO DEL SIGLO XIX

Roberto Gil Hernández¹

Reconstruir el concepto de raza [...] no es hablar de una antigualla decimonónica, es hablar de las interconexiones entre ciencia, poder e ideología que atraviesan los dos últimos siglos de la historia canaria.

Fernando Estévez. *Determinar la raza, imaginar la nación*

La raza es una demostración de saber y de poder. Por eso, en su acepción moderna, esta no se entiende si no va de la mano del avance del sistema mundial capitalista. Simboliza la complejidad que caracteriza a los seres humanos a razón de su cultura, origen o aspecto físico, atribuyendo de manera alegórica tales diferencias a la sangre. Sin embargo, pensar en la raza como la matriz donde se gesta el racismo no es un planteamiento acertado, pues es el racismo, en realidad, su condición de posibilidad.

El proceso de racialización de los cuerpos que habitan el Archipiélago Canario comienza en los albores del siglo XIV. Desembarca en sus costas de la mano de los emisarios de la supremacía europea que convierten a sus antiguos moradores en uno de sus recursos económicos fundamentales. Puede afirmarse, incluso, que el racismo legitima las razas esclavistas que merman su población indígena, facilitando, un siglo más tarde, el inicio de su ocupación colonial. De hecho, la raza se convierte, junto al sexo/género, la clase y la episteme, en la principal expresión de la colonialidad que desde entonces ordena a la sociedad isleña.

Las retóricas racistas, además de operar sobre el color de piel, la “pureza de la sangre” y la lógica extractivista impuesta por el colonialismo, abarcan también el sofisticado ámbito de la producción y transmisión de conocimientos. De ahí que la raza, tras el influjo de la Ilustración y los preceptos positivistas, también pueda entenderse como la objetivación de una “verdad superior” acerca de la diversidad humana. Ello quiere decir que el racismo adquiere una vocación totalizante, o lo que es lo mismo, que se esencializa al ser concebido como fuente universal de toda distinción social. Es más, podría afirmarse que el idealismo que se apodera del concepto de raza no solo intenta ocultar la historicidad de sus múltiples formas de sumisión, sino también de cualquier experiencia de alteridad que amenace con develar su contingencia, su incompletitud.

Debido a este cambio de perspectiva el siglo XVIII, conocido popularmente como Siglo de las Luces, puede apodarse también como el Siglo de la Esclavitud debido al aumento que experimenta durante dicho periodo la trata de personas a nivel planetario. Paradójicamente, cuanto más se detalla el papel del *Hombre* y del *Ciudadano* en las sociedades europeas de entonces, más mujeres y hombres son vendidos en calidad de esclavos. De modo que se podría

¹ Doctor por la Universidad de La Laguna en Filosofía, Cultura y Sociedad. Miembro fundador del Grupo de Investigación en Estudios Decoloniales de la Universidad de La Laguna. Universidad de Las Américas, Quito (Ecuador). Correo electrónico: roberto.gil@udla.edu.ec

aceptar la tesis que considera imprescindible el impulso de la colonialidad para explicar la conversión paulatina del etnocentrismo europeo en racismo científico.

Es posible que sea este el motivo por el cual el ilustrado canario más reconocido, José de Viera y Clavijo, se niega a reconocer la pervivencia guanche en sus *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria* (1772). El autor de la primera historia del Archipiélago escrita en términos protopositivistas certifica en sus páginas la desaparición de los antiguos isleños a causa del trato dispensado por sus conquistadores. Aunque esta aseveración bien podría obedecer al ánimo de inscribir a sus coterráneos junto a quienes disfrutaban del privilegio racial en lugar de entre los que sufren su opresión.



Ilustración nº 1. Imagen tomada por el fotógrafo noruego Karl Norman durante su visita a Gran Canaria en 1893². En ella aparecen un grupo de mujeres, niñas y niños posando en la puerta de una cueva habitacional situada en La Atalaya, un caserío rural del municipio de Santa María de Guía, en el Norte de la Isla. Esta localidad adquirió una elevada notoriedad durante el siglo XIX a causa de las peculiaridades morfológicas de sus viviendas campesinas, excavadas en sus laderas, repitiendo el patrón establecido por la cultura indígena sobre la que José de Viera y Clavijo decreta, con un siglo de antelación, su «lamentable extinción» (Viera, 1016: 271). La necesidad de certificar la continuidad racial de los guanches puede observarse en esta instantánea no solo en la manera que posan sus protagonistas, detallando sus rasgos físicos e interacción con el medio, sino también a través de su indumentaria o de las numerosas piezas de loza que los acompañan, otra industria tradicional concebida como punto de encuentro entre la sociedad canaria contemporánea y la precolonial.

El Siglo de la Raza, sin embargo, definido así por la preponderancia que asume el racismo al infiltrarse en la esfera científica es, sin ningún reparo, el siglo XIX. Durante dicha centuria, de la mano de disciplinas como la historia natural, la arqueología, la biología y, sobre todo, la antropología, se ponen los cimientos del aparataje epistemológico de la raciología. Esta perspectiva, además de ratificar que ni el clima, ni la mezcla de razas, ni siquiera el progreso civilizatorio o el genocidio alteran los caracteres físicos de los “pueblos”, justifica la división internacional de la riqueza y el trabajo propiciada por el capitalismo mediante la clasificación racial de la humanidad.

² Fotografía perteneciente a la colección de José A. Pérez Cruz depositada en el archivo de fotografía histórica de Canarias de la Fundación para la Etnografía y el Desarrollo de la Artesanía Canaria (FEDAC).

El historiador natural de origen galo Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent, y el naturalista y explorador prusiano Alexander von Humboldt acogen de manera indiciaria esta idea. Ambos sugieren en sus respectivas publicaciones sobre el Archipiélago, *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la Antigua Atlántida* (1803) y los primeros capítulos de *Viaje a las regiones equinocciales* (1807), que las antiguas poblaciones insulares están emparentadas con los habitantes del vecino continente africano. No obstante, el primero en aplicar de manera integral los cánones del racismo científico en Canarias es el etnólogo francés Sabin Berthelot junto al naturalista inglés Philip Barker Webb en *Etnografía y anales de la conquista* (1835) y, más tarde en solitario en obras como sus *Antigüedades canarias* (1879). En ambos trabajos se certifica, por un lado, la persistencia del linaje indígena en las zonas rurales del Archipiélago durante el siglo XIX. Mientras que, por otra parte, también atestigua que sus orígenes deben situarse entre las “poblaciones blancas” del Norte de África, concretamente entre los bereberes o imazighen con los que estos compartirían, además de un mismo tronco racial, un idioma similar, ciertas pautas culturales e, incluso, determinados atributos morales.



Ilustración n° 2. Representaciones contenidas en la edición original de *Etnografía y Anales* de Sabin Berthelot que encarnan, a la izquierda, a los habitantes decimonónicos de la isla de La Palma y, a la derecha, a un descendiente de sus primeros pobladores³. A este respecto, el autor asegura en *Antigüedades Canarias* que «los representantes de la raza ibérica o celtibérica en el África septentrional serían los bereberes: unos de piel, ojos y cabellos castaños, los otros más o menos rubios, piel de un blanco mate o muy coloreada y marcada de pecas. [...] las mismas observaciones son también aplicables a los antiguos habitantes de Canarias, que debieron pertenecer a la misma raza, puesto que, en la época de la conquista de este archipiélago, sus poblaciones hablaban todas dialectos derivados del idioma bereber» (Berthelot, 1980: 75-76). «Cuando hoy se examina con atención la población moderna de este Archipiélago», insiste Berthelot en *Etnografía y Anales*, «el tipo africano se nota en un gran número de individuos con una fisonomía nacional y característica que los distingue esencialmente de los españoles» (Berthelot, 1979: 176). «Se le reconoce de golpe entre los pastores de las montañas y entre las poblaciones agrícolas de los altos valles, y se le vuelve a encontrar en las familias de los habitantes de la ciudad» (Berthelot, 1979: 174).

Lo defendido por Berthelot supone un antes y un después para el pensamiento antropológico canario del siglo XIX. Tanto es así que otros investigadores con el mismo afán de descifrar la génesis de la sociedad canaria asumen sus mismas posiciones, dando por inaugurada la que hoy se conoce en el ambiente académico de las Islas como la escuela raciológica francesa. Este es el caso, sin ir más lejos, del antropólogo canario Gregorio Chil y Naranjo, autor de los tres volúmenes de *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* (1876, 1880, 1898), imprescindibles para explicar la consolidación de la antropología física en el Archipiélago. Y lo mismo hace el escritor andaluz Carlos Pizarroso y Belmonte en *Los aborígenes de Canarias* (1880), el historiador canario Agustín Millares Torres en *Historia General de las Islas Canarias* (1881), el médico y etnógrafo insular Víctor Grau-Bassas en *Usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria* (1888) y el etnólogo francés

³ Imagen tomada de Berthelot, Sabin; Barker Webb, Philip (1979 [1835]). *Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias*. Tomo III. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario, p. 465.

Rene Verneau en *Cinco años de estancia en las Islas Canarias* (1890). No en balde, todos ellos son responsables de que cobre fuerza la idea de que una parte sensible de la población canaria decimonónica es portadora de la esencia racial de los guanches.



Ilustración nº 3. Detalle de uno de los aguafuertes que aparecen en *Cinco años de estancia en las Islas Canarias* de René Verneau⁴. En él se retrata a tres campesinas de la isla de La Palma claramente delimitadas a partir de los dictados de la raciología. Los distintos rasgos que estas poseen podrían responder al carácter multirracial que este autor explicita como génesis de la sociedad indígena. Según sus propias palabras, el «pueblo que jugó el papel más importante en Canarias, es sin duda, la raza *guanche*. Esta raza estaba establecida en todas las islas [...]. La piel era bastante clara [...]. Los cabellos [...] deberían ser rubios o castaño claro y sus ojos azules [...]. Junto a los guanches se establecieron numerosos semitas [...] con] los cabellos y los ojos negros y la piel un poco morena [...] que debía parecerse singularmente a la de los árabes actuales de Argelia [...]. También existió un tercer tipo, bastante diferente de los dos precedentes. Era de pequeña estatura, tenía el cráneo corto, la cara bastante baja, los ojos, sin embargo, muy abiertos y la nariz larga. Ignoramos cuál podía ser el color de sus cabellos, de sus ojos y de su piel. [...] Estos son los colores que todavía se encuentran entre los descendientes de los antiguos habitantes que han conservado los rasgos de sus antepasados» (Verneau, 1981: 26-29).

Afirmar esto tiene consecuencias en la sociedad isleña. Tras varias centurias de negación erudita de cualquier tipo de influencia precolonial, se aboga científicamente por la pervivencia de los antiguos canarios. Ello supone la activación de un ejercicio inédito de racialización de las canarias y canarios contemporáneos, los cuales, al ser entroncados con los primeros insulares, también lo son con una porción de la población del continente africano concebida como parte de la historia evolutiva de los “pueblos europeos”. Asimismo, no conviene olvidar que los presupuestos que caracterizan a la escuela raciológica francesa no solo se asientan en el Archipiélago. Sus valedores importan tales planteamientos directamente de los estudios desarrollados por el colonialismo antropológico francés en sus posesiones norteafricanas. Es más, conforme a tal hipótesis, guanches e imazighen poseen un mismo ancestro común: el Hombre de Cromañón, descubierto en Dordña en 1865. Luego, se podría concluir que el parentesco descrito entre ambas sociedades, a la vez que legitima en términos raciales la presencia imperial de Europa en África, también refuerza la posición de Francia en el

⁴ Imagen tomada de Verneau, René (1981 [1890]). *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. Traducción de José A. Delgado Luis. Notas históricas y mapas de Manuel J. Lorenzo Perera. La Orotava: Ediciones J. A. D. L., p. 349.

Archipiélago, donde el propio Berthelot, cónsul de dicho país en las Islas, no duda en apoyar incluso algunas de las demandas que la élite isleña eleva al poder metropolitano⁵.

En contraste con estos postulados, es posible atestiguar la presencia de las tesis de otras potencias coloniales en el espacio académico insular, eso sí, con mucho menos predicamento. Me refiero a la conocida como escuela raciológica alemana, habilitada por los matices que antropólogos como Franz von Lohér, Hans Meyer o Felix von Luschan, realizan a los estudios de Berthelot, Chil, Millares, Verneau y compañía en publicaciones como *Los germanos en las Islas Canarias* (1886), *La Isla de Tenerife* (1896) y *Sobre una colección de calaveras canarias* (1896). Estas aclaraciones se dirigen a las conclusiones a las que llegan dichos raciólogos para delimitar el influjo racial teutón en el linaje de los indígenas isleños. Y algo similar ocurre, pero en este caso en relación a los intereses imperiales de España en el Archipiélago, con la actividad investigadora que desarrolla el Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife (1877-1913), liderado por la obra del etnólogo isleño Juan de Bethencourt Alfonso.



Ein Canarier-Paar von Tenerife.

Ilustración nº 4. Grabado incluido en *La Isla de Tenerife* de Meyer en que se puede ver a un hombre y una mujer con el atuendo rural propio del territorio que da nombre a su trabajo. Con ella su autor pretende acreditar lo que, en *Los germanos en las Islas Canarias*, Löher también define como «otra fisonomía, otra conformación física y hasta costumbres y maneras diferentes de los oriundos de raza española. [...] El observador alemán», prosigue, «que desde la costa de Tenerife penetra en el interior del país y en las aldeas, encuentra allí rostros sajones tan puros como pudiera hallarlos en las frondosas colinas de Westfalia, y su vista despierta en él un sentimiento de afinidad igual al que producen en todo corazón germano los Borgoñones hablando francés, los Pensilvanos hablando inglés, y los Zipsers en Hungría hablando la lengua magiar. Esta población especial de las Canarias procede de los primitivos pobladores de aquellas islas [...], habitadas por una raza numerosa de

⁵ La satisfacción de estas demandas se sustancia en el pacto suscrito en 1852 entre la oligarquía canaria y la metropolitana para la implantación de los Puertos Francos, una medida que propulsa la vocación comercial y extractivista de la economía del Archipiélago, perpetuando la supremacía de la minoría criolla que hace posible su suscripción. Este acuerdo, además, escenifica la consolidación de «la españolidad de Canarias en lo político y la extranjera en lo económico», prolongado el espinoso asunto de su dependencia colonial (véase más en Macías, 2009: 95-146).

color claro y pelo rubio, que se llamaba *Wandschen*, que así debe escribirse el nombre que los españoles pronuncian *Guanche*, convirtiendo la *W* alemana en *Gu* y la *dsch* en *ch*. [...] De estos enlaces con españoles y otros europeos que pasaban á las islas resultó la población rural, en la que se conservaron las cualidades de generosidad y franqueza del Guanche» (Löher, 1990: 5-7).

Con todo, el ánimo imperial con que las grandes potencias europeas tratan de influir en las Islas genera impactos no previstos por el poder metropolitano. En un contexto convulso como el decimonónico, en pleno auge del liberalismo en Europa y América, racializar a los habitantes precoloniales del Archipiélago junto a su población contemporánea supone una apelación directa para que las canarias y canarios de entonces reflexionen acerca de su identidad. Y ello puede constatare no solo en la actividad política isleña de la época, sino también en su literatura, donde es posible citar a numerosos autores que recurren directa e indirectamente al imaginario de la raza como vía para enaltecer su “conciencia nacional”. Así sucede, por ejemplo, en la poesía de Graciliano Afonso, extremadamente combativa con la posición subalterna que detentan los y las isleños en la arquitectura imperial hispana; en la narrativa indigenista de Manuel de Ossuna y Saviñón, de marcado acento romántico y anticolonial; en la elocuencia revolucionaria que caracteriza la obra autobiográfica del político canario Nicolás Estévanez y, cómo no, en los relatos y elegías que ilustran el compromiso nacionalista de Secundino Delgado.

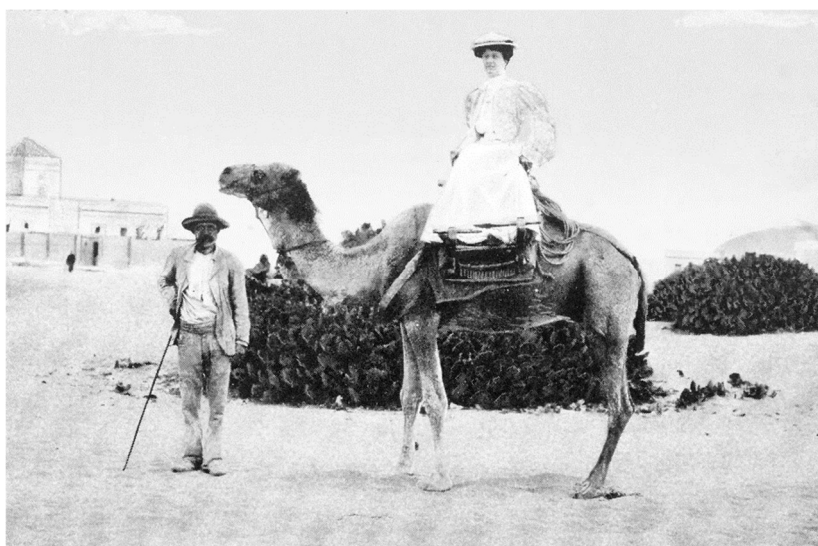


Ilustración nº 5. Una mujer ataviada con la vestimenta propia de la burguesía decimonónica posa a lomos de un dromedario conducido por un campesino en este retrato del fotógrafo portugués Jordao da Luz Perestrello datado en la última década del siglo XIX⁶. La costumbre de pasearse a lomos de este animal por las zonas aledañas al Puerto de la Luz, en Las Palmas de Gran Canaria, se vuelve cada vez más popular durante dicho periodo, evidenciando así la incipiente penetración del turismo en el Archipiélago. La instantánea, sin embargo, hace visibles las diferencias que socialmente separan a quien ejerce como guía de quien actúa como turista. La posición subalterna del camellero facilita así su racialización en base a su pertenencia a los sectores populares de la sociedad insular, mientras que la ubicación privilegiada de la excursionista permite barruntar su pertenencia a las élites isleñas o quizás europeas. A modo de denuncia anticolonial de estampas como esta, Graciliano Afonso compone los siguientes versos: «Que trabaje / el salvaje, / que despierte el africano, / que en su pecho / el derecho / de ser hombre encuentre ufano» (Afonso, 2007: 21). Secundino Delgado, por su parte, define en la revista *El Guanche* «el hogar de nuestros campesinos» como «un templo», bautizando al «pueblo rural» de las Islas como «segundos guanches». Un sentimiento que contraponen a las «decepciones, engaños y falsedades del mundo», a la degeneración de «los grandes centros industriales» y al falso «amor» que «la madre patria» demuestra al reducir «lo más que puede

⁶ Fotografía perteneciente a la colección de José A. Pérez Cruz depositada en el archivo de fotografía histórica de Canarias de la Fundación para la Etnografía y el Desarrollo de la Artesanía Canaria (FEDAC).

los centros de instrucción y todo aquello que tienda a ilustrar a nuestros hermanos» (Delgado, 2006: 168-170).

Como se puede apreciar, el racismo opera en estos supuestos de forma paradójica. Por una parte, porque remite a una estructura atestada de elementos simbólicos y emocionales dispuestos a reproducir un determinado orden social que se legitima mediante el recurso a la raza en intersección con otros signos de opresión. Pero también porque obedece a un deseo de distinción que obtiene su fortaleza del mismo acto de exclusión que supone la continuidad del orden colonial. Así pues, el mismo imperativo que hace posible la invención de la raza como justificante de la dominación imperial es el que conmina a quienes lo padecen a enfrentarse a sus consecuencias. En resumen, todas estas apelaciones racistas de carácter científico, pero también políticas, estéticas y literarias deben entenderse, durante el transcurso del Siglo de la Raza, como lo que son: el resultado de una fantasía racista de carácter totalizante que tiene su origen en la colonialidad. Y ello a pesar de que detrás de cada invocación a este significante, siempre impreciso y excluyente, se esconde el mismo deseo de clasificar a la humanidad, por más cierto que sea el hecho de que este jamás consuma completamente sus pretensiones.

Por eso, identificar el origen de los sesgos impuestos a los cuerpos que han habitado el Archipiélago Canario es hoy, en pleno siglo XXI, una tarea inaplazable. De hecho, si se pretende cambiar el lugar de enunciación desde el que se han evaluado hasta ahora los efectos de la colonialidad y articular, en su lugar, una nueva genealogía que contribuya a descolonizar su pensamiento antropológico, es fundamental impugnar las retóricas totales que han logrado que el racismo y, junto a este, el sexismo, el clasismo y el cientificismo se convirtieran en garantes de la desigualdad y la opresión. Aún estamos a tiempo de promover en las Islas un *conocimiento otro* que nos permita dejar atrás las esencias que insisten en presentar categorías históricas, como la raza, como si fueran la *Verdad*. Después de todo, el pasado es solo otra forma de invocar el presente y el saber una manera locuaz de encarnar la autoridad.

BIBLIOGRAFÍA

- AFONSO, Graciliano (2007 [1836]). «A don José Antonio Guisseppi, en el día de su fiesta». En Afonso, Graciliano. *Antología poética de Graciliano Afonso*. Introducción, edición y notas de Antonio Becerra Bolaños. Islas Canarias: Academia Canaria de la Lengua, p. 21
- BERTHELOT, Sabin (1980 [1879]). *Antigüedades Canarias, Anotaciones sobre el origen de los pueblos que ocuparon las Islas Afortunadas desde los primeros tiempos hasta la época de su conquista*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- BERTHELOT, Sabin; BARKER WEBB, Philip (1979 [1835]). *Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias*. Tomo III. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario.
- BETHENCOURT ALFONSO, Juan (1991, 1997 [1912]). *Historia del Pueblo Guanche*. Tomos I y II. San Cristóbal de La Laguna: Francisco Lemus Editor.
- CHIL Y NARANJO, Gregorio (1876, 1880 y 1898). *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Tomos I, II y III. Las Palmas de Gran Canaria: Imprenta Miranda.
- DELGADO, Secundino (2006 [1897-1898]). *Canarias libre*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.
- ESTÉVANEZ MURPHY, Nicolás (1985). *Obra escogida*. Las Palmas de Gran Canaria: Edircia.
- Revista ACL de la Academia Canaria de la Lengua, n.º 1 (2020)

- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, Fernando (2001). “Determinar la raza, imaginar la nación. El paradigma raciológico en la obra de Chil y Naranjo” en *El Museo Canario* nº LVI. Págs. 329-346.
- GRAU-BASSAS, V. (1980). *Usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria (1885-1888)*. Las Palmas de Gran Canaria, España: El Museo Canario.
- HUMBOLDT, Alexander von (1826 [1807]). *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, hecho en 1799 hasta 1804*. Tomo I. París: En Casa de Rosa.
- LÖHER, Franz von (1990 [1886]). *Los germanos en las Islas Canarias*. Islas Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- LUSCHAN, Felix von (1896). «Über eine Schädelammlung von den Kanarischen Inseln». En Meyer, Hans. *Über eine Schädelammlung von den Kanarischen Inseln*. Leipzig: S. Hirzel.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, Antonio Manuel (2009). «Canarias: un espacio transnacional. Reflexiones desde la historia de la economía». En Galván Tudela, José Alberto. *Migraciones internacionales e integración cultural; lecturas históricas desde el espacio insular*. Islas Canarias: Academia Canaria de la Historia, pp. 95-146.
- MEYER, Hans (1896). *Die Insel Tenerife: wanderungen im canarischen hoch und tiefland*. Leipzig: S. Hirzel.
- MILLARES TORRES, Agustín (1977 [1881]). *Historia General de las Islas Canarias*. Tomos I, II, III, IV y V. Las Palmas de Gran Canaria: Edirca.
- OSSUNA Y SAVIÑÓN, Manuel de (1978 [1837]). *Los Guanches o La Destrucción de las Monarquías de Tenerife*. Edición F. A. Ossorio Acevedo. Biblioteca Popular Canaria. Las Palmas de Gran Canaria: Taller Ediciones JB.
- PIZARROSO Y BELMONTE, Carlos (1880). *Los aborígenes de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta isleña de Francisco C. Hernández.
- SAINT-VINCENT, Bory de (2005 [1803]). *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la antigua Atlántida o compendio de la historia general del archipiélago canario*. Traducción de José A. Delgado Luis. La Orotava: Editor J. A. D. L.
- VERNEAU, René (1981 [1890]). *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. Traducción de José A. Delgado Luis. Notas históricas y mapas de Manuel J. Lorenzo Perera. La Orotava: Ediciones J. A. D. L.
- VIERA Y CLAVIJO, José de (2016 [1772]). *Historia de Canarias*. Edición, introducción y notas de Manuel de Paz Sánchez. Volumen I. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.